



Carlos Préndez Saldías

por MARINO MUÑOZ LAGOS

La juventud actual no lo conoce. Tampoco parecen haberse dado cuenta de su nombradía algunos adultos que se confiesan entendidos en literatura. Queremos desenterrarlo un poco de su olvido, ese polvo incensante que ese sobre los barnos mortales de otro tiempo. Poeta y prosista de una época en la cual el romanticismo crecía como la zarzamora en suelo erosionado, Carlos Préndez Saldías vivió en su propia heredad, desafiando a ese mundo multitudinario que lo miraba transitar cotidianamente por las calles santiaguinas.

Su atuendo llamaba la atención desde lejos, haciendo volver la cabeza de hombres y mujeres curiosos de saber quién era. Más tarde se les haría familiar en sus diarias caminatas: era Carlos Préndez Saldías, alto de porte, figura estilizada, negro (chamberg), larga cabellera blanca, quivados con cintas, ancha capa oscura española y cothata flojante y alborotada. Con tales vestimentas se reía de media humanidad y aún tenía tiempo para hacerlo con la otra mitad. Muchos poetas jóvenes lo imitaban en el ropaje pero no le alcanzaban en el garbo y el orgullo con los cuales lo llevaba.

Tenía un genio más o menos difícil, según algunos de sus amigos; pero, cuando se daba a alguien lo hacía de buena ley. El gran caricaturista y crítico de arte Antonio R. Romero lo evoca en unos cuantos trazos agudos y volanderos: "Lo conocí cuando lucía los restos de la que fue abundante y lírica melena. Seguía apigado al chamberg bohemio. Pero no usaba ya la capa española. De los anteojos bajaba una cinta negra como una banderola de imperfección. Solía mirar a las gentes con algo de prolijidad inquisitiva y desde su altura lanzaba a menudo los trenos tartamudeantes de sus muchas disconformidades".

El año 1947, Carlos Préndez Saldías hizo temblar y tronar el ambiente metropolitano con la publicación de su novela "27 mujeres en mi vida", agotando dos ediciones en muy poco tiempo. El libro no pasaba de ser una nostálgica narración amorosa, tenuemente tocada de melancolía. Su título es el que hacía picar a los buscadores de temas más o menos escabrosos. La crítica no fue generosa y hasta el mesurado Alonso (Hernán Díaz Arrieta) quebró lanzas en su contra. Su juicio más acerado los resumió en unas escasas palabras: "Para amores son muchas mujeres, para amores, pocas".

El autor se sentía feliz y sus diarias aventuras peripatéticas fueron más frecuentes y ostentosas. La calle Ahumada le abría paso a su silueta de varón enamorado, de inepto prosador de sus secretos más queridos y de sus confidencias más audaces. Su fama de galán se fue acrecentando caudalosamente, más, un defecto irremediable le ponía una valla ante sus cortejadas: era tartamudo. Y contra esta falta de la dicción luchaba tesonera e incansablemente.

te. Sus enemigos más osados recurrían a este largo argumento para derribar ese cerco de luminosidad que rodeaba al inspirado escritor.

Admiraba a la mujer por ser tal y por la hermosura que pudiese mostrar. Romántico hasta la médula de los huesos, en su poesía aflora todo el ritmo interior de que es capaz hacer gala un hombre rendido ante las evidencias del amor. Por sus libros corre el río puro del canto estrófico de emociones, júbilos y fascinamientos. Por entre muchas hojas de los álbumes de antaño, junto a las violetas y lirios aplastados, aparece su caligrafía donjuanesca dándole perfil a un acróstico o a una copla escrita al azar. La mujer lo llenaba todo en sus pensamientos, a tal punto que en sus libros, allí donde debe decir "es propiedad del autor", el empedinado seductor de voluntades femeninas colocaba "es propiedad de la mujer amada".

Nuestro poeta publicó numerosos libros, entre los cuales es necesario nombrar "Misel Rojo", "Palabras de mi corazón", "El alma en los cristales", "Devocionario romántico", "El peregrino del ansa", "Cielo extranjero", "Alamos nuevos", "Romances de tierras altas", "Romances de tierra baja" y "Violetas de los cerros". Como prosista dio a conocer sus novelas "27 mujeres en mi vida" y "Otras mujeres en mi vida", que retratan su obsesión amorosa.

Carlos Préndez nació en 1892 y murió en 1963, luego de una larga soledad. Sus últimos años fueron oscuros y dolorosos, callados y aburridos. De vez en cuando, llegaban hasta su casa los buenos y malos amigos que lo consolaban en sus angustias y congojas. Un poeta como lo es Carlos René Correa tipifica el adiós a Carlos Préndez Saldías en un soneto que plantea desdramáticamente esos últimos instantes de paz y desconsuelo: he aquí sus versos iniciales:

"Y marchó su vieno con el viento,
dejó su capa sola, abandonada,
colgado su chamberg de la nada,
florecido su adiós y descontento.

Alamo triste deja su lamento
en la niebla fugaz de madrugada
y enciende con su estrella la alborada
mientras gime la muerte en su apostrofo".

Los nuevos rambos de la literatura desconocen a este escritor que copó una era importante de la actividad cultural nuestra. Y que hizo de su persona una suerte de mito entre la muchedumbre. Carlos Préndez Saldías provocó a la gente de su tiempo con su apostura varonil e hizo de la calle su más favorito escenario para esa gran y eterna comedia que es la vida.

M. M. L.

Carlos Préndez Saldías [artículo] Marino Muñoz Lagos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz Lagos, Marino, 1925-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Préndez Saldías [artículo] Marino Muñoz Lagos.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile